



www.loqueleo.com/ec

EL PRÍNCIPE FELIZ Y OTROS CUENTOS

Títulos originales de los cuentos: “The Selfish Giant”, “The Star-Child”, “The Devoted Friend” y “The Happy Prince”

D. R. © de la traducción cedida por Ediciones Santillana, S. A., 1943, 1967

D. R. © de las ilustraciones: Julián Cicero, 2008, 2016

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-578-4

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Mayo 2012

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Octubre 2016

Séptima impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

El Príncipe Feliz y otros cuentos

Oscar Wilde

Ilustraciones de Julián Cicero

© Santillana



loqueleto



Todas las tardes, al volver de la escuela, los niños tenían la costumbre de ir a jugar al jardín del Gigante.

Era un amplio y hermoso jardín, con un suave y verde césped. Brillaban aquí y allá lindas flores entre la hierba, como estrellas, y había doce árboles de durazno que, en primavera, se cubrían con delicadas flores blancas y rosadas y que, en otoño, daban jugosos frutos. Los pájaros posados sobre los árboles cantaban con tanta dulzura que los niños interrumpían habitualmente sus juegos para escucharlos.

—¡Qué felices somos aquí! —se gritaban unos a otros.

Un día volvió el Gigante. Había ido a visitar a su amigo, el ogro de Cornualles, y se había quedado siete años con él. Al cabo de ese tiempo había



dicho todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió regresar a su castillo.

Al llegar vio a los niños jugando en su jardín.

—¿Qué hacen aquí? —les gritó con voz ronca. Y los niños huyeron despavoridos.

—Mi jardín es sólo para mí —dijo el Gigante—. Todos deben entenderlo así, y no permitiré que nadie más que yo juegue en él.

Entonces lo cercó con un muro alto y puso este cartel: QUEDA PROHIBIDA LA ENTRADA BAJO LAS PENAS LEGALES CORRESPONDIENTES.

Era un Gigante muy egoísta.

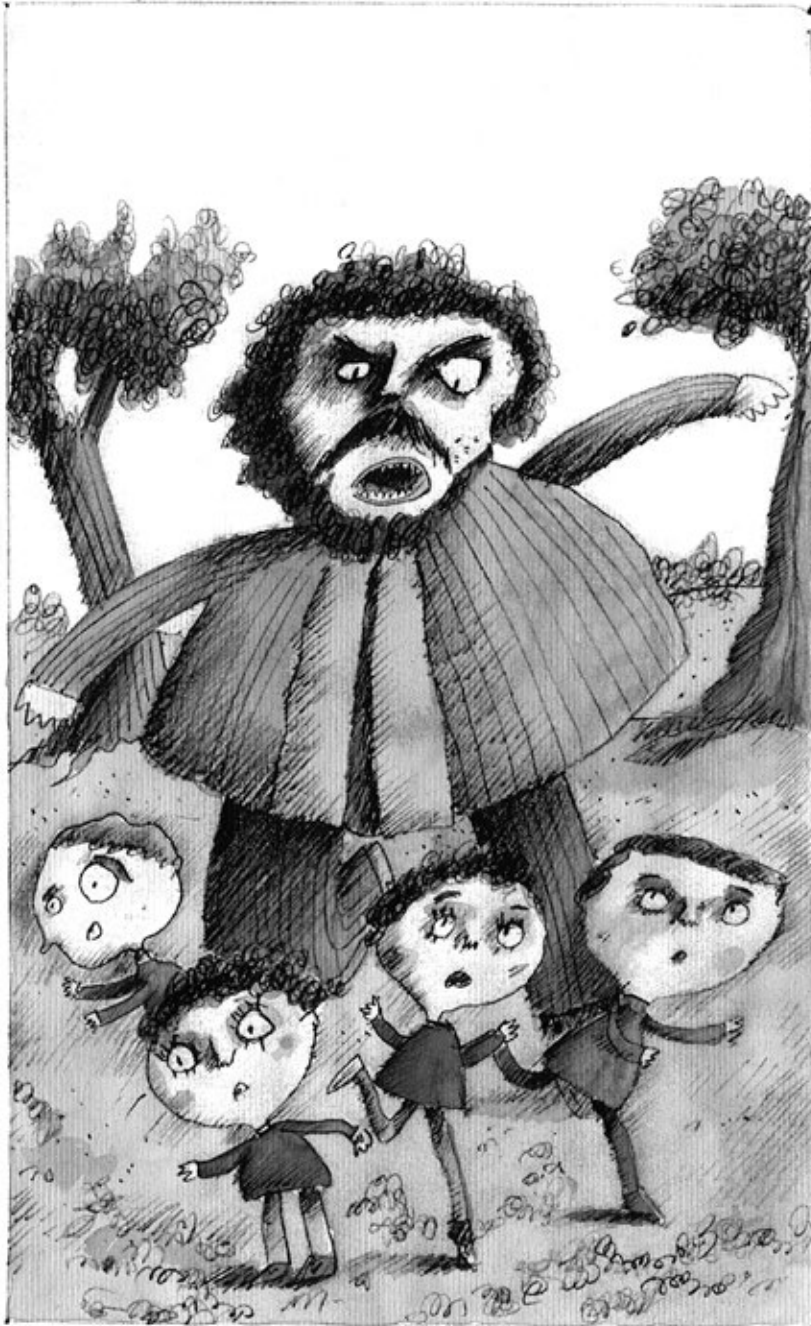
Los pobres niños ya no tenían ahora un sitio donde jugar.

Intentaron hacerlo en la calle, pero estaba muy polvorienta, toda llena de piedras afiladas, y no les gustó.

Tomaron la costumbre de pasearse, una vez terminadas las clases, alrededor del alto muro, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

—¡Qué felices éramos ahí! —se decían unos a otros.

Entonces llegó la primavera y en todo el país hubo pajaritos y florecillas.



Sólo en el jardín del Gigante egoísta seguía siendo invierno. Los pájaros, desde que no había niños, no tenían interés en cantar, y los árboles se olvidaban de florecer.

En cierta ocasión, una hermosa flor levantó la cabeza sobre el césped; pero al ver el cartel se entristeció tanto pensando en los niños, que se escondió de nuevo en la tierra y se volvió a dormir.

Los únicos que se alegraron fueron el hielo y la nieve.

—La primavera se ha olvidado de este jardín —exclamaban—; gracias a esto viviremos en él todo el año.

La nieve extendió su gran manto blanco sobre el césped, y el hielo pintó de plata todos los árboles. Entonces invitaron al viento del Norte a que viniera a pasar una temporada con ellos, y él aceptó.

Estaba envuelto en pieles y bramaba durante todo el día por el jardín, derribando chimeneas.

—Éste es un sitio delicioso —decía—. Le diremos al granizo que nos haga una visita.

Y llegó el granizo. Todos los días, durante tres horas, tocaba como si fuese un gran tambor sobre

los techos del castillo, hasta que rompió muchas tejas, y entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín, corriendo lo más deprisa que podía. Iba vestido de gris y su aliento era helado.

—No comprendo por qué la primavera tarda tanto en llegar —decía el Gigante egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín blanco y frío—. ¡Espero que cambie el tiempo!

Pero la primavera no llegaba nunca, y el verano tampoco.

El otoño trajo frutos dorados a todos los jardines; pero no dio ninguno al del Gigante.

—Es demasiado egoísta —dijo.

Y era siempre invierno en casa del Gigante, y el viento del Norte, el granizo, el hielo y la nieve danzaban alrededor de los árboles.

Una mañana en que el Gigante aún permanecía acostado en su cama, pero despierto ya, oyó una música deliciosa. Sonaba tan dulcemente en sus oídos, que le hizo imaginarse que el rey de los músicos pasaba por allí. En realidad, era un jilguero que cantaba ante su ventana; pero como hacía tanto tiempo que no oía a un pájaro en su jardín, le pareció la música más bella del mundo. Entonces el gra-

nizo dejó de bailar sobre su cabeza, y el viento del Norte de rugir, y un perfume delicioso llegó hasta él por la ventana abierta.

—Creo que ha llegado, al fin, la primavera —dijo el Gigante, y saltando de la cama, se asomó y miró afuera. ¿Qué fue lo que vio?

Vio un espectáculo maravilloso. Por una brecha abierta en el muro los niños se habían deslizado en el jardín, encaramándose a los árboles. Sobre todos los que él alcanzaba a ver, había un niño. Y los árboles se sentían tan dichosos de sostener nuevamente a los niños, que se habían cubierto de flores y agitaban graciosamente sus brazos sobre las cabezas infantiles. Los pájaros revoloteaban de un lado a otro, cantando con deleite, y las flores reían, asomándose entre el césped.

Era un bello cuadro; sólo en un rincón seguía siendo invierno. Era el rincón más apartado del jardín y allí se encontraba un niño muy pequeño. Tan diminuto era, que no había podido llegar a las ramas de un árbol, y daba vueltas a su alrededor llorando amargamente. El pobre árbol estaba aún cubierto por completo de hielo y de nieve, y el viento del Norte soplabla y rugía por encima de él.



—¡Sube, pequeño! —decía el árbol, y le tendía sus ramas, inclinándolas todo cuanto podía, pero el niño era demasiado pequeño. El corazón del Gigante se enterneció al mirar hacia afuera.

“¡Qué egoísta he sido!”, se dijo, “ya sé por qué la primavera no ha querido venir aquí. Voy a colocar a ese pobre pequeñito sobre la copa del árbol y luego tiraré el muro, y mi jardín será para siempre el sitio de recreo de los niños”.

Estaba verdaderamente arrepentido de lo que había hecho.

Bajó las escaleras, abrió la puerta con toda suavidad y entró en el jardín.

Pero cuando los niños lo vieron, se quedaron tan aterrorizados que huyeron, y el jardín se quedó otra vez como en invierno.

Únicamente el niño pequeñito no había huido, porque sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no vio venir al Gigante.

Y el Gigante se deslizó a sus espaldas, lo tomó cariñosamente con sus manos y lo colocó sobre el árbol. Y éste inmediatamente floreció: los pájaros vinieron a posarse y a cantar sobre él, y el niño extendió sus brazos, rodeó con ellos el cuello del

Gigante y lo besó. Y los otros niños, viendo que el Gigante ya no era malo, se acercaron corriendo, y la primavera volvió con ellos.

—Desde ahora éste es su jardín, pequeños —dijo el Gigante, y tomando un hacha muy grande, derribó el muro. Y cuando los pobladores pasaron al mediodía hacia el mercado vieron al Gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso del mundo.

Estuvieron jugando durante todo el día, y al caer la noche fueron a despedirse del Gigante.

—Pero... ¿dónde está su compañerito —les preguntó—, ese chiquito que subí al árbol?

A él era a quien más quería el Gigante, porque lo había besado.

—No sabemos —respondieron los niños—, se ha ido.

—Díganle que venga mañana sin falta —repuso el Gigante.

Pero los niños contestaron que no sabían dónde vivía y que no lo habían visto nunca antes, y el Gigante se quedó muy triste. Todas las tardes, a la salida de la escuela, venían los niños a jugar con el Gigante. Pero ya no se volvió a ver al pequeñito a

quien quería tanto. El Gigante era muy bondadoso con todos los niños; pero echaba de menos a su primer amiguito y hablaba de él con frecuencia.

—¡Cuánto me gustaría verlo!... —solía decir.

Pasaron los años, y el Gigante envejeció y fue debilitándose. Ya no podía participar en los juegos; permanecía sentado en un gran sillón viendo jugar a los niños y admirando su jardín.

—Tengo muchas flores bellas —decía—, pero los niños son las flores más bellas de todas.

Una mañana de invierno, mientras se vestía, miró por la ventana. Ya no detestaba el invierno; sabía que no es sino la primavera dormida y el reposo de las flores. De pronto se frotó los ojos atónito y miró y miró. Realmente, era una visión maravillosa. En el rincón más apartado del jardín había un árbol completamente cubierto de flores blancas. Sus ramas eran todas doradas, colgaban de ellas frutos de plata, y debajo estaba, de pie, el pequeñito a quien quiso tanto.

El Gigante se precipitó por las escaleras con gran alegría y entró en el jardín. Corrió por el césped y se acercó al niño. Cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de furia y exclamó:

—¿Quién se ha atrevido a herirte? —Pues en las palmas de las manos del niño y en sus piecitos se veían las señales de dos clavos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte? —gritó el Gigante—. Dímelo. Iré a tomar mi gran espada y lo mataré.

—No —respondió el niño—; éstas son las heridas del amor.

—¿Quién eres? —dijo el Gigante, y un extraño temor lo invadió, haciéndolo caer de rodillas ante el pequeño.

Y el niño sonrió al Gigante y le dijo:

—Me dejaste jugar una vez en tu jardín; hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando llegaron los niños aquella tarde, encontraron al Gigante tendido, muerto bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.





Había una vez dos pobres leñadores que caminaban hacia su casa por un gran bosque de pinos. Era una noche de invierno y hacía un frío muy cruel. La nieve se extendía espesa sobre la tierra y las ramas de los árboles; la helada hacía crujir continuamente a uno y otro lado las delgadas ramas. Al llegar al torrente de la montaña, lo encontraron suspendido, inmóvil en el aire, pues el Rey del Hielo lo había besado.

Tal frío hacía, que ni siquiera los animales y los pájaros sabían qué hacer.

—¡Grrr! —gruñía el lobo, que iba cojeando a través de los matorrales con la cola entre las patas—. Hace un tiempo perfectamente monstruoso. ¿Por qué no tiene cuidado el gobierno y mejora el clima?